

La voz de los verdugos: cuando la ficción escribe lo que la historia calla.

A propósito de *Las Islas*, de Carlos Gamerro

Esteban Espejo¹

Resumen

En el Proyecto UBACyT “Ideología y subjetivaciones políticas. Tendencias neoliberales en una coyuntura sobredeterminada. Argentina 1976-2019”, dirigido por la Dra. Natalia Romé, trabajamos en un entramado de textos que reflexionan sobre la historia nacional de los 70 en adelante y los efectos de la postdictadura en la subjetividad y las políticas actuales. Me interesa partir de las preguntas que nos suscitó esta investigación en torno a los procesos de neoliberalización de la vida individual y comunitaria, en relación a la confrontación entre los proyectos políticos de derecha y los proyectos populares (de izquierda, plebeyos o “progresistas”).

Algunas obras de la literatura argentina recuperan estas preguntas con la potencia de la ficción. La novela *Las Islas*, de Carlos Gamerro (1998) es una de esas: expresa las ruinas y el legado del conflicto político, aún traumático, que denominamos Dictadura Militar. Son muchas las obras y los nombres que se aventuraron en esta trama, en este ensayo me propongo recuperar un aspecto de la obra de Gamerro que en muchas ocasiones queda elidido: la voz de los vencedores. En *Los espantos. Estética y posdictadura*, de Silvia Schwarzbock (2015), la autora desarrolla la tesis de Fogwill: “Los vencedores callan / los perdedores piensan, narran”. Plantea que a los vencidos lo único que les queda tras la derrota es la compulsión a la interpretación de la misma. Es un síntoma, una solución de compromiso, porque da la ilusión de que pensando la derrota se podría convertir en victoria al “ampliar” la “vida cultural”. Por otra parte, del lado de los vencedores, afirma: “La victoria, en cambio, sí puede disfrazarse de derrota cuando los vencedores deciden, indefinidamente, callar.” (Schwarzbock, p. 41).

¹ Pertenencia institucional: UBACyT y UNGS. Correo electrónico: estebanespejo84@gmail.com

Las Islas le da voz a los verdugos y a las consecuencias de la neoliberalización en lo que será “la vida de derecha” de los 90: las torturas en democracia, aparatos de inteligencia, multinacionales, el comienzo del emprendedurismo, el marketing, la supervivencia de las subjetividades sin proyectos políticos, la paranoia y la servidumbre como pasiones tristes, etc. De algún modo, Gamarro intenta una teoría de la derecha sostenida en el personaje de Fausto Tamerlán como un fiel exponente de los vencedores. Por otra parte, *Las Islas*, y eso implica un mérito por sobre otras novelas afines como *Vivir afuera* de Fogwill, también expone con belleza y sin recursos morales, el sufrimiento y la tristeza de la postdictadura, lejos del cinismo como de la autocompasión. Es un modo de conjurar los espantos y crear algo nuevo.

La voz de los verdugos: cuando la ficción escribe lo que la historia calla.

A propósito de *Las Islas*, de Carlos Gamerro

En el Proyecto UBACyT “Ideología y subjetivaciones políticas. Tendencias neoliberales en una coyuntura sobredeterminada. Argentina 1976-2019”, dirigido por la Dra. Natalia Romé, trabajamos en un entramado de textos que reflexionan sobre la historia nacional de los 70 en adelante y los efectos de la postdictadura en la subjetividad y las políticas actuales. Me interesa partir de las preguntas que nos suscitó esta investigación en torno a los procesos de neoliberalización de la vida individual y comunitaria, en relación a la confrontación entre los proyectos políticos de derecha y los proyectos populares (de izquierda, plebeyos o “progresistas”).

Algunas obras de la literatura argentina recuperan estas preguntas con la potencia de la ficción. La novela *Las Islas*, de Carlos Gamerro (1998, 2012) es una de esas: expresa las ruinas y el legado del conflicto político, aún traumático, que denominamos Dictadura Militar. Son muchas las obras y los nombres que se aventuraron en esta trama, sin embargo, hay un aspecto de la obra de Gamerro que a veces queda elidido: la voz de los vencedores.

En *Los espantos. Estética y posdictadura*, de Silvia Schwarzbock (2015), la autora desarrolla la tesis de Fogwill: “Los vencedores callan / los perdedores piensan, narran”. Plantea que a los vencidos lo único que les queda tras la derrota es la compulsión a la interpretación de la misma. Desde una perspectiva freudiana (1896, p.170), podríamos considerarlo un síntoma porque implica una solución de compromiso, dando la ilusión de que pensando la derrota se podría convertir en victoria al “ampliar” la “vida cultural”. En este sentido, se mantiene reprimida la posibilidad de una “vida verdadera” con “perspectiva de verdad”, como denomina Schwarzbock (¿con un dejo de ironía, tal vez?) a la vida humana bajo el comunismo. El retorno de lo reprimido serían simulacros de pequeños triunfos pequeño burgueses de carácter progresista que en nada conmueven la concentración del capital ni interceden auténticamente en la lucha de clases.

En el texto de Silvia Schwarzbock encontramos una fractura en el tiempo. La dictadura cívico-militar en nuestro país y el fracaso de la experiencia comunista a nivel mundial produjo el desmoronamiento de una vida de izquierda. Si la democracia desde el

83'en adelante es leída como posdictadura es porque aún estaríamos bajo las determinaciones de la dictadura.

Además, si los vencidos estamos forzados a hablar, recordar y producir en la posdictadura no es simplemente porque estuvimos forzados al silencio por los militares durante la Dictadura, sino por el silencio de los mismos vencedores: “La victoria, en cambio, sí puede disfrazarse de derrota cuando los vencedores deciden, indefinidamente, callar.” (Schwarzbock, p. 41). Se producen dos simulacros al mismo tiempo: el progresismo, maquillando la derrota en victoria; los militares, que ocultando el lugar de las fosas comunes e información de apropiación de niños y niñas y quemando evidencia de los delitos de lesa humanidad, entre muchos silenciamientos, se limitan a una justificación general de haberle ganado la guerra al comunismo para defender a la patria.

La novela *Las Islas* se publica en 1998 y en 2012 sale su edición definitiva, modificada por el autor. La novela está relatada en primera persona y ubicada en 1992: se centra en Felipe Félix, un ex combatiente de Malvinas y hacker, con cierta cultura progresista, tan consciente de las injusticias de los poderosos que no se siente cómodo junto a los ex combatientes. La narración comienza cuando a Felipe lo convoca Fausto Tamerlán, un empresario poderoso y viejo aliado de los militares, para que borre evidencias en la SIDE de un asesinato que cometió su hijo. Luego nos sumerge en una serie de peripecias sobre las complicaciones que encuentra Felipe para cumplir con el encargo de Tamerlán, al que luego se suman nuevos encargos y órdenes. En dichas peripecias aparecen otros ex combatientes, militares retirados, torturadores de la Dictadura y hasta el psicoanalista devenido secretario de Tamerlán, Canal, ex montonero. Si bien todos los personajes tienen alguna relación con la Guerra de Malvinas y la Dictadura Militar, la novela avanza mucho más que en dicha problematización. Se puede pensar desde Schwarzbock como un texto que interroga la postdictadura de nuestra “democracia”: le da voz a víctimas y victimarios de la Dictadura, abordando las consecuencias de la neoliberalización en lo que será “la vida de derecha” de los 90: las torturas en democracia, aparatos de inteligencia, multinacionales, el comienzo del emprendedurismo, el marketing, las formas anónimas de ejercer el control social, la supervivencia de las subjetividades sin proyectos políticos, la paranoia como posicionamiento subjetivo y forma de afectación, etc.

Por una parte, se podrían rastrear en la novela una serie de ideas de la derecha de la Argentina de los 90. Por otra parte, *Las Islas*, y eso implica un mérito por sobre otras novelas afines como *Vivir afuera* de Fogwill u otras obras literarias de mirada cínica, también expone con belleza y sin recursos morales, el sufrimiento y la tristeza de la postdictadura, lejos del cinismo como de la autocompasión. Felipe, el personaje principal, transforma la supervivencia en épica y aún es capaz de conmoverse por las palabras y por la historia, pero no lo hace desde un ideal absoluto ni una moral justiciera. En la novela, abundan la parodia y el humor ácido, escenas grotescas y perversas, sin embargo, no se cae en ninguna mascarada de superación y cinismo propias de cierta perspectiva neoliberal que podemos encontrar en parte de la narrativa de las últimas décadas que, en el afán de deslindarse de la pesadez de la Dictadura, tiende a confundir víctimas y verdugos o a desinteresarse de esa diferencia.

Entre muchas de las cuestiones que se pueden destacar de la novela para pensar nuestra historia y qué somos en ella, me interesa ubicar algunas claves acerca de cómo está construido el discurso de la derecha de posdictadura. Éste se centra en personajes cuyas voces no son homogéneas: el siniestro y fascinante Fausto Tamerlán; el Oficial Verraco, líder del grupo de pertenencia de Félix y encargado de una sección en la SIDE para recuperar las Islas; Arturo Cuervo, torturador durante la dictadura, convertido en leyenda en Malvinas donde se lo conocerá como el Mayor X; Canal, el psicoanalista y secretario de Tamerlán, que propone un nuevo ejercicio del poder.

No sólo el campo popular está dividido, también la derecha. Hay una derecha que es la población civil beneficiada por la Dictadura que triunfa con el menemismo y está presente en el macrismo. El personaje de Tamerlán sería un buen exponente, y hasta podría estar inspirado en Franco Macri en cuanto a su trayectoria empresarial y política. Fausto Tamerlán habla en nombre de los ricos y hace un elogio a su clase social: “Nosotros introdujimos la desigualdad, y la desigualdad es el motor del cambio. Sin nosotros, el progreso y la civilización simplemente no habrían existido. (...) La civilización es el control. Controlar a los demás, en primer lugar; pero para hacerlo debemos controlarnos a nosotros mismos”. (p. 168) Y después de envidiar la forma desvergonzada en que los pobres gozan, concluye: “Necesitamos nuestra utopía, más que los pobres. A ellos les basta con subsistir día a día, en cambio nosotros debemos avanzar siempre. (...) Cuando nos

detenemos, cuando nuestro único objetivo es conservar lo que tenemos en lugar de seguir avanzando, en ese mismo instante empezamos, imperceptiblemente, a retorceder.” (p. 172) Tamerlán propone que los ricos dejen de controlarse y sentir vergüenza, que gracias a la derrota del comunismo pueden exhibir su goce sin culpas: “El muro que cayó hace tres años fue el de nuestra propia vergüenza” (p. 180). Y envalentonado por su “revolución” por derecha, afirma: “No son los artistas, no son los locos, no son los revolucionarios. Somos nosotros. Los únicos que nos atrevemos a enfrentarnos a la sociedad y sacudirla de su inercia” (p. 183). Tamerlán dice que está escribiendo un libro: *El empresario, o la emancipación de las clases altas* donde expondrá estas ideas porque los poetas y los escritores ya no escriben las hazañas de los reyes: “La fuerza se ha deshumanizado hasta tal punto que sólo parece humana la debilidad”. Y allí confronta a Felipe con el lugar de la perspectiva para relatar esa historia, afirmando que cualquier escritor preferiría la versión de Felipe, un derrotado de clase media baja. En línea con lo que sostiene Schwarzbock y Fogwill (“Los vencedores callan / los perdedores piensan, narran”), Tamerlán afirma: “Mis triunfos vistos a través del filtro de sus derrotas, y no al revés” (p. 182). En otra parte de la novela, Hugo, amigo de Felipe y veterano de Malvinas, dice: “Seremos los perdedores los que siempre nos interrogamos acerca de las posibilidades de la historia” (p. 63).

Gamerro hace más que parodiar la grandilocuencia de la derecha victoriosa de la Dictadura, le pone voz a sus triunfos contenidos, crea una teoría de las clases altas allí donde lo único que pudieron hacer fue producir contenidos neoliberales de conceptos vagos: marketing, emprendedurismo, meritocracia. El mismo Tamerlán se burla de un libro de Donald Trump y engrandece *La razón de mi vida* de Evita. Desde Gamerro podemos interpretar que la victoria de la derecha civil en posdictadura es limitada porque deben ponerle algún velo “democrático” a la desigualdad económica de la que se sirven; esto surge, además, por el empobrecimiento teórico e intelectual de la derecha.

En la novela, también encontramos otra voz, se trata de una derecha nacionalista que encuentra en el “Diario del Mayor X” el mejor delirio o mito para hallar el nacimiento del hombre argentino en una tierra oculta de las Malvinas. Los ex combatientes aluden a este famoso diario como la clave para recuperar las Islas y que quedó perdido tras la reocupación del ejército inglés. Según esa leyenda, un tesoro del Virrey Sobremonte oculto en el caparazón de un tatú carreta habría llegado en un barco inglés a la Isla, pero se

extravió. El auténtico motivo de la ocupación inglesa habría sido encontrar ese tesoro, pero éste permaneció custodiado por San Martín y un grupo de próceres (entre los que se incluyen Lugones y Ameghino) en la ciudadela Gran Estancia Nacional en La Argentina invisible, un sitio secreto (¿clandestino?) entre la nieve y niebla de Malvinas. El tesoro contiene la esencia pura de la nacionalidad argentina centrada en el macho gaucho y desde allí manejan los destinos de la nación. El conserje que le abre la puerta al Mayor X y al soldado sobreviviente es Leopoldo Lugones, donde los espera: “una fastuosa parrillada asada con madera de ceibo en parrillas de plata” (p. 478). Allí reside la “comunidad argentina ideal” desde 1830 que intercedió en diferentes sucesos históricos de dictaduras militares, la Conquista del Desierto, etc. En ese delirio místico, Lugones nombra al Mayor X como el nuevo Padre de la patria que llevará a la Argentina al Proceso de Reorganización Mundial en octubre de 1982, luego de derrocar a la URSS y someter a la comunidad europea.

En este proceso paródico se puede establecer una relación entre el “Diario del Mayor X” y los diarios de Colón por la búsqueda de El mítico Dorado, esa ciudad de oro que había encendido las fantasías de los europeos durante la Conquista de América. En uno de sus ensayos, Gamarro se refiere a la Guerra de Malvinas en esta clave delirante y grandilocuente, donde un grupo de militares argentinos soñaron con asemejarse a una potencia mundial.

Felipe califica la leyenda como “fantasía de perdedores”. Incluso, durante la lectura del diario, se saltea páginas, expresa cansancio ante esa “versión alternativa del fin de la guerra, a la exacta medida de sus fantasías adolescentes” (p. 478).

Si bien esta derecha nacional, parodiada en la voz del Mayor X, forjó una alianza con los empresarios que responden a intereses extranjeros e inician en Argentina el proceso neoliberal, en la novela estos personajes caen del lado de la derrota. También son sobrevivientes. La única salida que Gamarro da para la derecha nacional es el grotesco o el delirio: Verraco obsesionado porque no puede ganarle a los ingleses en el videojuego que Felipe programa; el mayor X, tomado por el delirio místico, creyendo que en Malvinas encontraría El Dorado; incluso Tamerlán, el menemista que parecía haber triunfado gracias a la Dictadura, termina en un estado larval, desnudo, preso de sus propias intrigas y delirios incestuosos. No es casual que el libro que tiene Tamerlán en ese estado de locura sea *El*

origen del hombre en el Plata, de Florentino Ameghino. En su figura coinciden las dos perspectivas de la derecha que señalamos: es el científico que postuló que la especie humana habría nacido en nuestra región pampeana. Sin embargo, lo que dirá Tamerlán en ese estado tiene ecos de Saer: “Nuestra verdadera patria es la imaginación” (p. 503). Y también nombrará al río como la matriz que dio origen al hombre argentino. Y allí hay otra clave de lectura que introduce Gamerro: la identidad nacional se la encuentra en el río y la imaginación.

Los espantos en el libro de Schwarzbock no son sólo los desaparecidos, sino los que sobrevivieron en la posdictadura caídos de la historia, sin proyectos políticos y reclusos en el ámbito privado y en la miseria donde los acorrala los estragos del capital. Como hipótesis, se puede plantear que un sector de la derecha quedó paralizada en esta supervivencia, deseosa de una trama donde inscribir su historia. Esto no implica confundir los lugares en la lucha de clases ni en la responsabilidad de los crímenes de lesa humanidad, sino revisar críticamente las diferentes expresiones de la derecha.

En la novela, Gamerro brinda una tercera voz de la derecha, dislocada de lo nacional, encarnada en el psicoanalista Canal y en un analista de sistemas de la SIDE (a cuyos pisos se ingresa por un shopping). Este ingeniero en sistemas afirma que “La SIDE es una utopía anarquista al revés. Una organización sin jefes donde nadie es libre” (p. 143), en contraposición a la torre de Tamerlán donde él, ubicado en el piso superior, y por una serie de juegos de espejos puede ver a todos hacia abajo y estos al mirar arriba sólo ven su propio reflejo en un espejo. Allí hay dos modelos de la derecha que siguen vigentes. Por una parte, el ya clásico poder disciplinar que desarrolló Foucault. Del otro lado, un modelo donde la proliferación de información provoca la percepción de que ya no hay verdad, no hay historia ni teoría: “La información es el nuevo opio de los pueblos” (p. 142). Allí podríamos pensar en lo que Deleuze llamó “Sociedades de control” y lo que parte de la filosofía política actual está pensando: la descentralización o dispersión del poder; y la dificultad en la política de reconocer nuestros enemigos.

Esta voz también se superpone a la de Schwarzbock. Ella afirma que luego de la Dictadura ya no podemos pensar la época filosóficamente (como Oscar Terán, por ejemplo) porque el objeto de verdad quedó diluido. Allí se funda la astucia de Menem: “La estética, por ocuparse de la apariencia, se convierte, a los fines de la interpretación, en lo mismo que

la política” (p. 133). Sólo nos quedaría la estética, siendo ésta portadora de imágenes de la derrota (a veces disfrazadas en victoria). Sin verdad histórica nos quedan las ruinas de sus figuras: los espantos (Schwarzbock, p. 23).

El ingeniero de la SIDE describe las nuevas formas que adopta el control social: “Acá somos los sirvientes los que vigilamos a los amos. Nos complementamos. Somos el foso que rodea al castillo. (...) El error está en buscar un agente humano, seguir en la mentalidad teocéntrica, el rey... Son ellas –dijo con una leve reverencia hacia el monitor coronado- la instancia superior a la cual toda la esfera del trabajo humano se remite” (p. 144). La subjetividad asfixiada en computadoras y algoritmos podría ser otra de las formas de los espantos.

Por otra parte, es necesario destacar el lugar de Felipe frente a las voces de la derecha. Pocas veces discute con estos interlocutores, no queda fascinado, tampoco queda aturdido. Mientras los emisarios de la derecha hablan, en la novela él siempre está pensando en otra cosa, qué nueva táctica o estrategia adoptar. Con las víctimas él sí habla: con sus amigos que lo rescataron del Hospital Borda a la vuelta de Malvinas; con Gloria, la montonera compulsivamente torturada; con los muertos de sus compañeros en Malvinas. Felipe sigue confiando en ciertas palabras: “Las palabras, de repente, no servían sólo para quitarle cosas a alguien, o para imponérselas. Se prestaban, se regalaban, se acariciaban como un gato, se devolvían, se saboreaban en la boca, bajaban a veces hasta el pecho. No me daba cuenta de lo que había perdido sino hasta ahora, cuando empezaba a recuperarlo” (p. 292). O más adelante: “[Ella] me entendía, y de repente tuve palabras, ya no estaba solo” (p. 381). Las palabras no son solamente un medio del poder y el control, son un modo de estar con otros, son un modo de conjurar espantos.

Gran parte de la novela él la transita como un sobreviviente –un modo de ser en el mundo a partir de la derrota o la tragedia. Tamerlán le dice: “Sobrevivir, Felipe, empieza como un arte, pero si uno no sabe cómo parar llega un momento en que se convierte en una adicción. Hace rato que ha dejado de dar placer, pero uno ya no conoce otra cosa. (...) Vivir se vuelve un medio, y sobrevivir el fin. Somos más parecidos de lo que usted piensa, Felipe. (...) En alguno de los espejos que nos encerraban, éramos uno el reflejo invertido del otro” (p. 505-506). De nuevo, la diferencia entre víctimas y victimarios parece diluirse

bajo la figura de los sobrevivientes. Sin embargo, avanzada la historia, Felipe intercede para que la vida de las víctimas no vuelva a repetir su destino trágico, tal como en la Dictadura. Alerta a testigos que Tamerlán quería eliminar, le salva la vida a Gloria y a sus hijas, experimenta algo parecido al amor, es capaz de denunciar frente a sus camaradas la tortura y asesinato que el Oficial Verraco cometió contra un soldado, amigo suyo.

Se podría pensar a partir de esta novela el lugar del testigo. Por una parte, Felipe es testigo de los crímenes de la derecha durante la Dictadura y la posdictadura, también es cómplice de señalar testigos y hacer el trabajo sucio de Tamerlán. Por otra parte, transforma el lugar del testigo en una vertiente positiva, a medida que va recordando ciertos hechos de la Guerra sin quedar sepultado por éstos. Su personaje encarna la elaboración colectiva de la tragedia, tanto es así que en otro libro de Gamero, *El secreto y las voces*, el mismo Felipe aparece en 1997 en el pueblo donde veraneaba de pequeño para investigar la desaparición de su padre en 1977.

Ahora bien, ¿hasta qué punto son eficaces las políticas de la memoria para conjurar los espantos y enfrentar las voces de la derecha? ¿Habrán otras armas que el testimonio?

Bibliografía

Freud, Sigmund (1896): “Nuevas puntualizaciones sobre las psiconeurosis de defensa”, en *Obras Completas III*. Buenos Aires: Amorroutu. (1999)

Gamerro, Carlos (1998, 2012): *Las Islas*. Bs. As.: Edhasa.

Gamerro, Carlos (2002): *El secreto y las voces*. Bs. As.: Edhasa.

Gamerro, Carlos (2006): *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*. Buenos Aires: Norma.

Kohan, Martín. (2002): “El fin de una épica”. En *Punto de vista*. Año XXV. Núm 74.

Schwarzbock, Silvia (2015): *Los espantos. Estética y posdictadura*. Bs. As.: Cuarenta Ríos.